

# La identidad cultural y el análisis regional\*

Héctor Tejera Gaona\*\*

---

En los últimos años, uno de los aspectos más importantes en la discusión sobre el carácter del país en que vivimos ha sido el reconocimiento de su diversidad económica, política y cultural. Ante dicho reconocimiento, se han abierto una serie de interrogantes. La pregunta más importante ha sido: ¿se puede considerar a México como una entidad unificada o no? y, si lo es, ¿cuáles son los elementos que la cohesionan y cuáles los que internamente la diferencian? Lo que está en el centro de la discusión es: ¿qué es México?

---

\*Esta es una versión revisada y ampliada de la ponencia presentada al Seminario "Nuevas tendencias en el análisis regional", efectuado en la UAM-Xochimilco, el 27 de septiembre de 1990.

\*\*Antropólogo, investigador de la Dirección de Etnología y Antropología Social/INAH.

Pocos se atreverán a plantear que México no es una nación, pero tampoco podrán afirmar que el país es una entidad homogénea. Por el contrario, la certeza de que es diverso y pluricultural ha comenzado a ser, cada vez más, un punto de acuerdo entre los mexicanos. De este reconocimiento se sigue el problema central de cómo caracterizar esta diversidad y, por tanto, cómo estudiarla.

Se ha superado la ilusión liberal decimonónica y la ortodoxia marxista que visualizaban a la homogeneidad como el futuro inevitable o deseable. Igualmente, se ha cuestionado el modelo de nación plasmado en la Constitución en donde, por ejemplo, los grupos étnicos no tenían cabida más que como comunidades agrarias por lo que perdían su espe-

cificidad. A todo ello, ha contribuido la emergencia y el reconocimiento de expresiones políticas y culturales diversas, que han dado lugar a nuevos sujetos sociales particulares y diferenciados<sup>1</sup> que demandan su espacio dentro del concierto nacional e, incluso, su autonomía e independencia.

Ante este panorama, la estrategia de los estudios regionales se ha convertido en una óptica sustancial para la comprensión de estos procesos particulares. Así pues, no es casual que se haya generado un auge de las investigaciones insertas en la dimensión regional, así como de especializaciones profesionales en tal dirección.

A pesar de la profusión de los estudios regionales, los grandes problemas que se derivan de los mismos siguen presentes. Estos son, a grandes rasgos, la relación entre lo particular y lo general, es decir, los alcances o grados de generalización de las investigaciones en cuanto a la comprensión de los fenómenos socioculturales de nuestro país. Entre lo estructural y lo coyuntural —entre continuidades y rupturas en los procesos sociales así como la forma de

diferenciar entre unos y otros— y, por último, entre lo homogéneo y lo diverso en las tendencias históricas y de desarrollo social. Estos se enmarcan en un aspecto central sobre el cual se ha debatido constantemente: los criterios para establecer regionalizaciones.

Si consideramos a los estudios regionales como piezas del rompecabezas del mosaico nacional, éstos no encajarán fácilmente tanto por la diversidad de temáticas que abordan, como por los diferentes principios teórico-metodológicos que aplican. No abogamos aquí por la estandarización teórica y metodológica pues sabemos que la diversidad enriquece tanto el conocimiento de distintas cuestiones que pueden estudiarse desde un punto de vista regional, como las propuestas para estudiarlas. Sin embargo, es necesario reflexionar sobre la dificultad que dicha diversidad, al igual que su dispersión implican para la comprensión más global del México histórico y del contemporáneo. Los problemas planteados se resumen, entonces, en el grado de generalización y particularización que presentan tales estudios, y que resulta de las estrategias teóricas adoptadas para realizarlos.

Los estudios sobre la dimensión cultural no escapan a esta problemática.

Antes de continuar, quisiéramos decir que cuando nos referimos al término de cultura —y esto es necesario explicitarlo— hemos desechado algunas de las nociones que existen

1 Por supuesto que aquí la noción de sujeto social no se refiere exclusivamente a individuos sino, igualmente, a comunidades y organizaciones. El problema no debe reducirse a su definición, sino que debe incluir el estudio de su formación. Lo que es importante estudiar son los espacios culturales donde estos sujetos se constituyen como tales y cómo a partir de dichos espacios generan visiones y proyectos sociales.

sobre la misma. Sobre todo aquellas que hacen referencia a grupos o individuos “civilizados” y “cultos” o que, a partir del romanticismo y, posteriormente imbricados en la antropología culturalista, denotan “estilos de vida” e indican un determinado desarrollo “interior” (mental)<sup>2</sup> en contraposición al “exterior” (material). Como sabemos, de esta noción de cultura derivaron dos estrategias analíticas, por una parte, el estudio de la vida material o económica y, por otra, el de la vida cultural, ideológica o superestructural. Habiéndose establecido la dicotomía, y tratando de explicar su relación, se han realizado diversos intentos que van de la teoría del reflejo al problema de la hegemonía, pasando por el estudio de la ideología, la relación base/superestructura, la determinación y la mediación.

Entendemos aquí a la cultura, como un sistema significativo<sup>3</sup> el cual a partir de representaciones y prácticas dentro de un contexto que les imprime *sentido*, permite la producción, reproducción y transformación de un orden social y material, siendo ella parte inherente al mismo.

Como hemos dicho anteriormente, pese a los intentos por construir una sociedad homogénea —como aquellos resultado del liberalismo y el integracionismo como políticas na-

cionales— México ha emergido precisamente de manera opuesta. Su heterogeneidad es evidente, lo que no implica la inexistencia de una cultura nacional. Al contrario, afirmamos que ésta existe y se ha formado a través de la conjunción e interacción de varios “paradigmas raíces”<sup>4</sup> como son el nacionalismo, “lo mexicano”, “lo propio” e incluso héroes o próceres. Pero de ello no se desprende que para todos y cada uno de nosotros, estos paradigmas signifiquen lo mismo. Debido al marco social en que se ubican, cada uno de ellos ha generado metáforas<sup>5</sup> distintas y, a veces, contrapuestas. Metáforas cuyas consecuencias crean identidades colectivas estructurales y coyunturales. Identidades que unen y dividen a la sociedad mexicana en situaciones y momentos específicos. Procesos que dependen tanto de los ámbitos y al-

4 Entiendo estos paradigmas raíz como Víctor Turner los ha definido: “Estos hacen referencia no sólo al estado actual de las relaciones sociales existentes o desarrolladas entre actores, sino también a los objetivos culturales, significados, ideas, concepciones, visiones, formas de pensar, patrones de creencias, etcétera, que se ubican en las relaciones sociales, las interpretan y las inclinan a aliarse o dividirse. Estos paradigmas raíz no son sistemas de pensamientos unívocos, lógicamente arraigados; no son, por decirlo así, formas precisas de pensamiento”. Víctor, Turner, *Dramas, fields and metaphors: symbolic action in human society*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1974, p. 64. (Traducción nuestra.)

5 Entendemos las metáforas como conjuntos de reglas simbólicas que se sustentan en la reorganización de los elementos generales de orden simbólico y que se extraen de los paradigmas raíz. Estas dan lugar a principios de acción social. Cfr. Víctor Turner, *op. cit.*, p. 23 y ss.

2 Sobre el particular, véase Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona, 1980, p. 25.

3 Raymond Williams, *Cultura*, Paidós, Barcelona, 1981, p. 13.

cances del consenso en el sentido cultural de relaciones y modos de vida, como de la generación de nuevos sentidos culturales.

Tenemos entonces, que la vida social es una organización de los espacios simbólicos producto de su clasificación. En ella intervienen la memoria colectiva y la reclasificación simbólica como manipulación del sentido, así como la modificación de sus referentes prácticos. Asistimos, por tanto, al surgimiento de campos socioculturales, donde los sujetos sociales interactúan. En esta interacción, la estructura simbólica se enfrenta a lo cotidiano y lo inesperado y, eventualmente, puede llevar a la aparición de nuevos elementos, a la construcción de metáforas diferentes y a la transformación de los paradigmas que les dieron lugar. Lo que está en juego en el análisis cultural es pues, la relación entre los sentidos, los contrasentidos que se le oponen en las luchas por nombrar y clasificar,<sup>6</sup> y la continuidad o cambio de los referentes empíricos de la simboli-

zación.<sup>7</sup> Es en estos campos socioculturales en donde se construyen las identidades colectivas y las culturas particulares y alternativas.

Es también aquí en donde entramos al problema de la cultura nacional y la cultura dominante, términos que frecuentemente se confunden.<sup>8</sup>

El término de cultura nacional designa un espacio social, generalmente cohesionado por un Estado, en el que se abren los ámbitos para el reconocimiento de la diversidad y, por tanto, de la existencia de culturas particulares que se desenvuelven en el contexto nacional. Mientras que la cultura dominante hace referencia y está ligada a los esfuerzos por hacer tabla rasa de las diferencias y particularidades a través de una política cultural —no necesariamente exitosa— por parte de los grupos hegemónicos.

Una de las estrategias más concurridas para comprender las características culturales del país y de su desenvolvimiento ha sido analizar lo que sus literatos, artistas y ensayistas han producido sobre temas que se consideran centrales.<sup>9</sup> Así, se han de-

6 Un ejemplo de estas luchas de clasificación simbólica son la construcción de una historia oficial "domesticada" donde los héroes de la misma juegan un papel que, haciendo abstracción de sus contradicciones y diferencias, de sus proyectos alternativos y de sus bases sociales, los transforma en uno solo que "juegan todos el mismo juego, el juego de la unidad nacional". Bartra Roger, *La democracia ausente*, Grijalbo, México, 1986. p. 78, o la suplantación de la cultura popular e indígena como folklore. Cfr. Blanco, José Joaquín, *Función de medianoche*, Era, México, 1981.

7 Sobre este aspecto véase Bordieu, Pierre "La identidad como representación" en Giménez, Gilberto *La teoría y el análisis de la cultura*, SEP/ COMEC-SO/Universidad de Guadalajara, México, 1987. p. 475 y ss., y Sahlins, Marshall *Islas de historia*, Gedisa, Barcelona, 1988. p. 134 y ss.

8 Sobre el particular puede verse la posición de Bonfil Guillermo y Monsiváis Carlos con respecto a la diferencia entre ambos términos en Giménez, Gilberto *op. cit.*

9 Por ejemplo, véase Bartra Roger, *La jaula de la melancolía*, Grijalbo, México, 1988.

limitado tanto corrientes de pensamiento con temáticas centrales, como estilos artísticos. Empero estos análisis son insuficientes en cuanto que, efectivamente, lo único que podemos obtener de ellos es precisamente eso, la visión que los literatos, artistas y ensayistas tienen de la cultura nacional o dominante y a las cuales han contribuido, pero difícilmente obtendremos una visión de lo que éstas realmente significan; es decir, una panorámica acerca de las mismas a partir del estudio de los diversos sujetos sociales que portan matrices culturales y que generan en su interacción representaciones e identidades. Sujetos tanto particulares y diferenciados, como dispersos en el ámbito nacional. Es por ello que cuando intentamos analizar los procesos culturales tenemos, en primer lugar, el problema de que la cultura no es una entidad homogénea y, en segundo, que no es una entidad estática. En consecuencia, cuando estudiamos la cultura nos enfrentamos, por una parte, a una serie de elementos diseminados y no relacionados orgánicamente lo que dificulta el establecimiento analítico de grupos sociales y, por otra, con que dichos elementos operan situacionalmente de manera jerárquica y pueden o no adquirir preeminencia de acuerdo a coyunturas.

Entramos así al problema de cómo construir regionalizaciones de los espacios culturales, entendidos éstos como unidades analíticas diferenciadas.

Todo proceso de simbolización, en otras palabras, todo proceso cultural, implica una clasificación. El mundo social está empapado de símbolos. Ahora bien, esta clasificación supone un ordenamiento específico del mundo social. Dicho ordenamiento da lugar a principios que se expresarán en situaciones específicas.

Queremos enfatizar que, por lo que a nuestra perspectiva se refiere, estos principios de orden y clasificación dan lugar a la formación y consolidación de identidades colectivas, es decir, al establecimiento de grupos sociales que se cohesionan a partir de ciertos principios, los cuales, a su vez, los diferencian de otros grupos y en los que la interacción social juega un papel fundamental.<sup>10</sup> De ésta manera, el estudio de la cultura no puede realizarse si no es en intrínseca rela-

<sup>10</sup> No es competencia de la antropología entrar en los problemas de la explicación de la identidad individual. Como ha dicho Turner en otro contexto: "Las técnicas y los conceptos del antropólogo le capacitan para analizar competentemente las interrelaciones entre los datos asociados al polo ideológico de sentido. Igualmente le capacitan para analizar la conducta social dirigida hacia el símbolo dominante total. Lo que no puede hacer, en cambio, con su preparación actual, es discriminar entre las fuentes precisas de los sentimientos y deseos inconscientes que determinan en gran parte la forma externa del símbolo, seleccionan unos objetos naturales con preferencia a otros para servir como símbolos y explican ciertos aspectos de la conducta asociada a los símbolos". Turner Víctor, *La selva de los símbolos*, Siglo XXI Barcelona, Editores, 1980. p. 40. En todo caso, para la formación de las identidades individuales véase Erikson Erik H., *Identidad*, Taurus, Madrid, 1980, y dentro de un contexto más antropológico, el trabajo del mismo autor titulado *Infancia y sociedad*, Hormé-Paidós, Buenos Aires, 1978.

ción con sus portadores, con los sujetos sociales que actúan, se reconocen y se escinden por y a través de ella.

Si hemos de abandonar las nociones superestructurales de cultura y del determinismo económico, al igual que la antinomia sujeto-objeto —de “un sujeto sin mundo frente a un objeto sin pensamiento”—<sup>11</sup> para sumergirnos en la cultura como un proceso que significa y ordena<sup>12</sup> debemos ubicarnos entonces en el problema de las regionalizaciones, teniendo como punto de partida el concebirlas como espacios diferenciales producto de ciertos significados y ordenamientos y como resultado de la formación de identidades colectivas que son generadas por grupos sociales y que, a la vez, los instauran. Entramos con ello al campo de la construcción de las identidades y de las diferencias; del autorreconocimiento y de la configuración de los “otros”. Postulamos, por tanto, que las regiones culturales son espacios de identidad.

Evidentemente este postulado implica una serie de problemas de orden teórico-metodológico. Entre ellos el que ya hemos mencionado, en cuanto a que la cultura no es una dimensión homogénea. Con ello queremos decir que la cultura no está compuesta por una serie de instituciones funcionales o necesarias para la existencia de determinados modos

de vida. No es, necesariamente, una unidad orgánica que imprime cohesión a la vida social. También nos enfrentamos al obstáculo de que la cultura no es una entidad estática, una organización simbólica que se mantiene a través de los avatares de la historia.

Las culturas o más precisamente, los elementos que las componen, se mantienen y modifican, reorganizan y se crean a partir de la interacción social. En esta interacción, se crean nuevos espacios de relación, a la vez que los elementos culturales son modificadas por dichos espacios. Este proceso da lugar a las relaciones sociales y las identidades propias.

Las identidades, como ordenamientos sociales que establecen relaciones de oposición y de cohesión, son generadoras de comunidades o de actores sociales. Nos enfrentamos así al problema de cómo analizarlas. Aún a pesar de que las identidades pueden permanecer como tales sin expresiones específicas, en su manifestación social ante determinadas coyunturas, darán lugar a sus propios espacios.

En síntesis, proponemos que el análisis cultural sea un análisis de las identidades y que, en el estudio de las mismas, partamos de las relaciones que se establecen como resultado de su expresión en los espacios sociales.

Este planteamiento supone tanto una perspectiva del análisis cultural a nivel regional como una consideración de tipo metodológico.

11 Sahlin Marshall, *Cultura y razón práctica*, Gedisa, Barcelona, 1988, p. 11.

12 *Idem*.

Aceptamos que esta propuesta acota el estudio de la cultura a determinados problemas. No obstante, tiene como base la búsqueda de una estrategia para el análisis regional de los espacios culturales, en la que éstos se conciben como resultado de relaciones sociales que generan grupos contrapuestos.

En cuanto al aspecto metodológico nuestro planteamiento considera que la construcción de identidades como formas de significación cultural a partir de una encuesta sea mediante entrevista o con fotografías, como se ha hecho recientemente en algunas investigaciones —por mencionar dos ejemplos— implica establecer a priori los elementos que conforman la identidad, olvidando que los paradigmas no son entidades estáticas y que las metáforas resultado de los mismos se generan en los espacios de interacción social. En términos generales, la aplicación de una encuesta no toma en consideración un elemento esencial para comprender la dinámica de las relaciones sociales a partir de las identidades, que éstas son generalmente espacios de referencia coyuntural y situacional y que, por tanto, no es posible determinar qué elementos de la cultura operan en un momento determinado y cuáles en otro. En el caso de la encuesta, el investigador delimita ciertos elementos y construye sus preguntas a partir de ellos. Por supuesto, es muy probable que encuentre elementos de identidad, o las preguntas que realice le proporcionarán indica-

dores de identidad y el significado de los mismos para los entrevistados. No obstante, si los espacios de referencia son coyunturales y, fundamentalmente, relacionales, los actores sociales tomarán unos u otros, o reelaborarán los ya existentes para fundar ordenes significativos que les permitirán generar propuestas de acción a partir de las especificidades del contexto social. Si aceptamos que la cultura es un proceso de reelaboración constante, es más probable que solamente en espacios de acción social sea posible detectar los elementos que, en una coyuntura determinada, generan identidades.

Establecer regiones a partir de la homogeneidad de ciertas manifestaciones culturales, ya sea a nivel fenoménico o de aquellas expresadas por los individuos o grupos, implica olvidar dos problemas; uno, que las manifestaciones culturales no necesariamente actúan en algún momento como elementos de identidad, sino que ello depende del contexto relacional que ubica la identidad de los actores sociales. Dos, que las expresiones verbales privilegiadas en las metodologías de investigación de los procesos de identidad, además de estar inmersas en contextos, son solamente una cara de la dimensión cultural. Los valores, normas y referentes identitarios expresados o no verbalmente, no inciden de manera mecánica sobre la acción social sino que, por el contrario, existe una tensión siempre presente entre lo normativo y lo actuado. En el espacio abierto

entre la reelaboración de la norma y los objetivos o deseos de grupos e individuos, opera la construcción y reorganización cultural, simbólica, que genera las directrices para la acción social.

Por supuesto, existen referentes generales a un grupo, e incluso, a una nación. Estos pueden ser tomados como una guía para el establecimiento de regiones o espacios identitarios que contienen elementos comunes. No obstante, una propuesta metodológica de este tipo es insuficiente ya que no puede asumirse a priori que la similitud de referentes genera identidades colectivas. El problema consiste en postular que dichos referentes los identifica como tales. Insisto, todos tenemos una idea de la nación, de lo que nos representa como mexicanos, de lo que somos y no somos, etcétera. Si bien a nivel de investigación, podemos establecer ciertos elementos axiomáticos generales, que podemos designar como identidad cultural, como cultura regional o nacional de ello no se desprende que necesariamente, en situaciones específicas, estos referentes vayan a convertirse en guías de acción social. Pueden o no serlo, y este es siempre un problema presente. Si lo que nos interesa es construir o elaborar espacios o regiones culturales, tendremos entonces que redefinir nuestras estrategias teóricas. Será preciso rebasar el isomorfismo entre lo inmanente y lo fenoménico para internarnos en la cultura como espa-

cio de significación, como espacio de clasificación y referencia.

El estudio de la cultura no debe reducirse a recolectar un listado de elementos referentes o situacionales y de su significado para quienes los detentan sino que, además, requiere definir el papel que juegan éstos en la organización y dinámica de las relaciones sociales. De lo que estamos hablando es, entonces, de cómo se establecen espacios de reproducción cultural a partir de la formación de identidades diferenciadas.

Hasta el momento, el problema de la investigación cultural en espacios regionales había sido resuelto mediante dicotomías, o a partir del análisis de rasgos o aspectos fenoménicos diferenciales.<sup>13</sup> Las dicotomías, derivaron de teorías dualistas como la de folk/urbano, campo/ciudad, centro rector/comunidades étnicas, indígenas/ladinos, enclave/entorno, etc. La relación entre espacios culturales se conceptualizó, por ejemplo, en términos de relaciones interétnicas, región de refugio,<sup>14</sup> o intercultural.<sup>15</sup> Todo ello dentro de una estrategia en la cual la política integracionista ocupó un lugar importante. La pretensión era, a fin de cuentas, la modernización. Desde los años setenta, la superación crítica del

<sup>13</sup> Por ejemplo, ropa, vestido, costumbres, religión, lengua, etcétera.

<sup>14</sup> Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Regiones de refugio*, México, SEP/INI, núm. 17, 1973.

<sup>15</sup> Cfr. Aguirre Beltrán, Gonzalo "Integración regional", *INI: 30 años después*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1979.

integracionismo y su correlato sintetizado en el término "aculturación", se realiza rebasando tanto el cultural-funcionalismo en su papel de eje teórico-metodológico, como su visión evolucionista de progreso. La crítica fue opacada por la profusión de los estudios comunales o regionales sobre campesinos.<sup>16</sup>

A inicios de los ochentas la reflexión acerca de la dimensión cultural se ha sintetizado y cohesionado en, por lo menos, dos tendencias. La primera que se le denomina etnicista, pone énfasis en la crítica al desarrollo pretendidamente homogeneizador y plantea o defiende desarrollos culturales alternativos. La segunda, ha recibido el nombre de etnomarxista y ubica el problema cultural dentro de una perspectiva clasista. Ambas han contribuido al debate, a veces bastante acalorado, sobre la etnia o pueblo indígena con relación a la nación y, además, a la conceptualización de la categoría de cultura. En dicho debate, el problema de los espacios regional y nacional resultó fortalecido y cubrió ámbitos importantes de la discusión teórica.

Esta discusión no fue solamente resultado de una crítica teórica, sino que la emergencia de nuevos sujetos

sociales como en el caso de las organizaciones indígenas, con niveles de integración local, regional e incluso nacional, provocaron que la discusión se ubicara tanto en el contexto de la efervescencia social de ese momento,<sup>17</sup> como en la necesidad de conceptualizar estos procesos a partir de perspectivas regionales. Sobre todo, porque la cuestión étnica fue otro elemento que mostró la diversidad y complejidad de la sociedad mexicana, puesto que las demandas de los grupos étnicos se expresan en diferentes formas, contenidos y prioridades.

Durante mucho tiempo el estudio cultural se mantuvo dentro de los marcos empíricos de la comunidad. Sin embargo, aunque este ámbito social y geográfico permanece como espacio de ciertas expresiones y reivindicaciones culturales, las demandas étnicas frecuentemente lo rebasan y amplían sus márgenes. Esto plantea la necesidad de estudios desde la perspectiva regional para la comprensión global de las dinámicas sociales.

Aún con el reconocimiento de la diversidad, las teorías que privilegiaron el análisis económico como elemento explicativo de la dinámica social continúan teniendo cierta pre-

16 Habría que recordar que con la definición clásica de Wolf de campesino, como un productor agrícola que forma parte de una sociedad mayor a la cual transfiere una parte de sus excedentes, se abren los espacios para romper con el "holismo" comunal y aceptar que muchos elementos sólo pueden explicarse por procesos "externos". Cfr. Wolf Eric, *Los campesinos*, Labor, Barcelona, 1971.

17 De un recuento de las luchas indígenas en la década de los ochenta, se llegó a la conclusión de que por lo menos 26 de los 56 grupos étnicos del país se habían movilizado por diversas demandas. Cfr. Mejía María Consuelo y Sarmiento Sergio, *La lucha indígena: un reto a la ortodoxia*, Siglo XXI, México, 1987.

eminencia. Las corrientes estructuralistas marxistas, hablan de lógicas diferentes —por ejemplo, de los sistemas campesinos contrapuestos a la lógica empresarial— y en los cuales la relación se establece en la esfera de la circulación.<sup>18</sup> Desde esta perspectiva se construyen totalidades contrapuestas relacionadas a partir de procesos circulatorios y en donde una de ellas se subordina a la otra. La noción de subordinación implica, además, una visión de superación de lo “atrasado”, lo “decadente” a partir de su absorción. Esto ha dado lugar a una estrategia específica en los estudios regionales, en la que las dinámicas económicas circunscriben el problema cultural y lo relegan a ser expresión de sistemas o formas socioeconómicas. Hay entonces culturas dicotómicas como la campesina versus la empresarial, o la indígena versus la mestiza o ladina. Cada una de ellas representa una totalidad diferenciada y contrapuesta, no obstante aquellas posiciones que subrayan la integración económica como producto de las críticas a las concepciones marginalistas y que, en algún momento, parecen haber desplazado el reconocimiento de la diversidad.

---

18 Se dijo que el sistema campesino tenía una lógica interna —lógica basada fundamentalmente en los postulados de Alexander Chayanov— y a partir de ello se postuló su “funcionalidad” en términos de la frontera de la circulación de mercancías. La articulación de diferentes lógicas mantuvo entonces el dualismo como sustento teórico.

Al mismo tiempo, la explicación de las particularidades culturales susceptibles de regionalización se ha fundado en postular la existencia de relaciones marcadas por “la época colonial”, la permanencia “superestructural” que manifiesta cambios más lentos que las estructuras económicas, o la existencia de una “matriz histórica” en donde el “contacto” genera mecanismos de “contraaculturación” o “resemantización”.

Estas posiciones sobre el análisis cultural mantuvieron y mantienen una óptica dualista, o subprivilegian la cultura como una dimensión actuante y presente que no se circunscribe a formas socioeconómicas sino que, por el contrario, manifiesta una dinámica más amplia y que abarca diferentes sujetos sociales. En todo caso en dichas posiciones la cultura, o mejor dicho las culturas, son un elemento subordinado o fenoménico en la comprensión de los procesos sociales. Su permanencia y diversidad es resultado del atraso, o del mantenimiento de estructuras socioeconómicas que responden a determinadas racionalidades económicas.<sup>19</sup>

La superación parcial de estas visiones sobre las perspectivas regionales del análisis cultural no se ha fundamentado en su crítica, sino en

---

19 La explicación del mantenimiento del campesino como un sistema que permite romper con la renta diferencial fue un argumento de peso en la explicación económica del por qué de su permanencia en el sector agrario.

el abandono de sus postulados. Han sido los propios actores sociales los que han impreso un nuevo carácter al análisis cultural. Ellos nos han demostrado que la heterogeneidad se encuentra presente. Han hecho patente con su acción que las "supervivencias" —frecuentemente concebidas como expresiones culturales fenoménicas correspondientes a otros tiempos y sin incidencia en la vida social— se encuentran vivas y forman parte integrante de las identidades. Estas son consustanciales a la dinámica social y, al lado de nuevas expresiones culturales, han formado espacios sociales particulares que en su acción, unen o diferencian a grupos sociales en coyunturas específicas. Frente a esta realidad, las estrategias analíticas que enmarcan las expresiones culturales en el "folklorismo", en los intentos románticos de preservación de las culturas autóctonas, o de su clasificación como epifenómenos, resultan reduccionistas ante la riqueza y vitalidad. Así, el análisis cultural no puede limitarse a recoger especificidades, tampoco a buscar perspectivas "folk", ni a catalogar a la cultura como expresión de procesos materiales.

Se trata de entender cómo estas especificidades se expresan socialmente, colectivamente; cómo generan visiones y relaciones y cómo generan espacios sociales.

De esta forma se superan tres visiones que son inadecuadas para la delimitación de regiones culturales. En primer lugar, aquella que consi-

dera que la región es resultado del aislamiento. En segundo lugar, que es resultado de relaciones socioeconómicas y políticas que han generado diferencias y especificidades regionales. Y en tercero, que las regiones son fruto de la implantación de unidades de acumulación y reproducción.<sup>20</sup> Lo que se pretende en todos estos casos, es el establecimiento de la configuración de actividades dentro de un espacio territorial. Todas ellas pueden ser de utilidad para los economistas, pero escasamente nos darán cuenta de los procesos culturales y de las posibilidades de su regionalización. Aquí parece no operar mi propuesta de regionalizar con base en las relaciones sociales de dominación; es decir, de construir espacios resultantes de la generación o preservación de las diferencias económicas y culturales, diferencias fundamentales para mantener el *statu quo*. Aunque la aplicación de esta propuesta puede explicar el mantenimiento de regiones de dominación política, en que las diferencias culturales se presentan como mecanismos de justificación y preservación de formas particulares de sometimiento, e incluso, de la generación de referentes culturales de identidad, no es suficiente para estudiar la dinámica cultural que crea identidades contrastantes y

20 Por ejemplo, Bengoa Cabello, José A., *Agricultura, acumulación capitalista y la cuestión regional en América Latina*, Multicopiado, "Seminario sobre la cuestión regional en América Latina", El Colegio de México, Abril, 1978, pp. 1-2.

actuantes. El estudio de la formación y mantenimiento de regiones de este tipo es importante, pero su presencia en México es cada vez menor.<sup>21</sup>

En síntesis, si la cultura conforma identidades, es a partir de ellas que podemos establecer los espacios culturales. Estos serán espacios identitarios cuya expresión política será específica y situacional. En este marco, la noción de política hace referencia a aquellos procesos que, sustentados en clasificaciones simbólicas, en sentidos culturales, cohesionan y diferencian, a la vez que dan lugar a proyectos socioculturales, a ordenamientos específicos de la vida social.

Son los actores sociales los que establecen, a partir de referentes cul-

turales, los espacios que les son propios y el sentido que les imprimen. La región cultural es, entonces, un ámbito de identidad, pero no de una identidad inmanente, sino de aquella que se expresa social y culturalmente a través de la política. Analíticamente, esto implica que las regiones culturales, se configuran de manera dinámica y cambiante.

En el estudio de la cultura regional nos enfrentamos, por tanto, no a referentes territoriales ni, necesariamente, a procesos productivos, sino a relaciones sociales y los significados que los hombres les imprimen. Significados que se expresan políticamente, y a partir de los cuales se forman comunidades.¶

---

21 Pensamos, por ejemplo, en los Altos de Chiapas, y en algunas estructuras caciquiles de Oaxaca y Veracruz. Sin embargo, éstas no son generalizables a otras regiones donde la dominación no requiere, necesariamente, de la formación de relaciones socioculturales que diferencien a los grupos sociales. Más bien por el contrario, es necesario un determinado consenso que sustente relaciones socioeconómicas y políticas a partir de elementos culturales comunes. Cfr. Tejera Gaona, Héctor, *Organización étnica, identidad y formación regional en Chiapas*, INAH, México, 1990.